

Cine iberoamericano en la edición 44 de Sitges, Festival de Cine Fantástico de Cataluña

Escrito por :Endika Rey



La 44 edición del SITGES Festival de Cine Fantástico de Cataluña presentaba un leitmotiv claro: la inteligencia artificial. Desde los carteles promocionales hasta los spots de presentación se hacía hincapié en esa idea de la máquina adquiriendo conciencia de sí misma para acabar muriendo por culpa de una realidad que mata. La selección de *Eva* (Kike Maíllo) como película de inauguración del festival es, por tanto, totalmente consecuente con esas directrices ya que plantea un futuro cercano donde los robots están perfectamente integrados en la sociedad (como ayudantes), y reflexiona sobre las posibles fatalidades de exceder esos límites.

A diferencia de ésta, el resto de películas iberoamericanas escogidas por el festival tratan temas diversos que abarcan otro tipo de palabras clave del fantástico. La mayoría son producciones o coproducciones españolas, y tan sólo la ya citada *Eva* se alzó con un premio en el palmarés final: los mejores efectos especiales. He aquí un breve recorrido por las tendencias del género en clave hispana.



1. Robots

En *Eva*, Álex (Daniel Brühl) es un diseñador de autómatas que vuelve al pueblo donde se crió con la intención de crear un niño robot capaz de ser libre. El problema es que allí se encuentra con Lana (Marta Etura), un antiguo amor que ahora está casada con su hermano David (Alberto Ammann). Álex comenzará a trabajar en su proyecto y para ello tomará como modelo a Eva (Claudia Vega), la hija de ambos. De esta forma, lo que comienza como una historia de ciencia ficción en toda regla, pronto muestra las cartas de un melodrama de pasiones no resueltas en un contexto robótico. “Eva” cuenta con unas características insólitas en el cine de género español: tiene los efectos especiales más brillantemente pulidos de su historia, una dirección artística excepcional que opta por crear un acertado futuro retro (los protagonistas ¡fuman!), una fotografía que aprovecha muy bien los espacios nevados y, en general, unas ganas tremendas de crear un escenario propio que hable por sí mismo. El problema es que ese contexto es mucho más honesto que unos diálogos que siempre suenan a recitados, y que el guión automatiza las relaciones entre los personajes humanos al mismo tiempo que no consigue dotar de sensibilidad a la parte referida a los robots.

Se intuyen muchas ganas de hacer algo nuevo; la fijación por los detalles es absoluta y su nivel de producción por sí sólo ya es un caso insólito dentro del cine español. Lo que finalmente se echa en falta es una mayor determinación a la hora de concretar el tono y las reglas de la historia: la parte de melodrama no necesitaba un previsible giro final robótico de la misma manera que la historia de ciencia ficción se estanca en un embrollo sentimental que no aporta ninguna relectura. El cruce de géneros conduce, en este caso, a un callejón sin salida.



2. Zombies

Hace tiempo que los zombies cinematográficos dejaron exclusivamente de dar miedo para convertirse en los extras de una serie de comedias de entre las que ***Shaun of the Dead*** (Edgar Wright) es el máximo exponente. Aplicar un apocalipsis de los no muertos al escenario de la Cuba contemporánea es una idea que, siguiendo esa nueva práctica, suena cuando menos a un curioso punto de partida. Es bien sabido, además, que las películas de zombies suelen esconder una lectura social clara y, en este caso más que en ningún otro, la premisa de una hecatombe en la isla se antoja de primeras muy apetecible por todas las connotaciones que puedan derivarse.

La película en cuestión es ***Juan de los muertos*** (Alejandro Brugués), y lo cierto es que se estrella en todas las direcciones posibles. Se trata, sin lugar a dudas, del peor filme visto en todo Sitges 2011. Una comedia repleta de personajes estereotipados que no evolucionan, de chistes reaccionarios cuya gracia se basa en atentar contra lo políticamente incorrecto (homosexuales, mujeres, turistas) para acto seguido pasar a pedir perdón. La historia se inscribe en la picaresca con un protagonista, Juan (Alexis Díaz de Villegas), que decide aprovechar la invasión zombi para hacer negocio “matando a sus seres queridos”; al mismo tiempo, descubrirá el valor moral que implica actuar por primera vez como cabeza de su familia y el sentimiento patriótico de morir de pie antes que vivir desterrado. ***Juan de los muertos*** piensa que desmembrar a un no muerto es el equivalente a construir un gag cómico, que llamar “disidentes” a la masa zombie es parejo a un acto irónico sobre la situación política cubana. El único aspecto en el que el filme tiene voz propia es en los brotes inesperados de sangría a la hora de cargarse a varios de sus personajes principales y, aun así, hay un par de ocasiones en las que da marcha atrás y salva a sus amigos de una muerte segura sin importarle estar sacrificando la credibilidad del guión en aras de un final feliz. No se trata de criticar a ***Juan de los muertos*** debido a su carácter conservador o de atracción turística para el espectador extranjero; si el filme fracasa es por ser inconsecuente. Al igual que su protagonista, ésta es una película tramposa y orgullosa de serlo.



3. Licántropos

Lobos de Arga (Juan Martínez Moreno) también se inscribe en la comedia que se apropia de elementos propios del cine de terror (en este caso los licántropos) pero con una ligereza que anula gran parte de su significado. Tomás (Gorka Otxoa) es un escritor fracasado que regresa al pueblo de sus ancestros pensando que van a nombrarle hijo adoptivo. La realidad es que los vecinos pretenden sacrificarle para acabar así con una maldición que hace que la aldea tenga que sufrir la presencia de un hombre lobo. Toda esta trama siempre estará más cerca del sainete que de un filme de terror al uso. **Lobos de Arga** adquiere las formas y el maquillaje de los mismos, pero el tema principal es uno bien distinto: el conflicto y pérdida de identidad del urbanita en un ambiente rural.

El concepto del hombre transformado en lobo suele reunir dos ideas básicas: por un lado la bestialidad animal, por otro el desdoblamiento. En la película, la idea del hombre enfrentándose a su propia ferocidad queda anulada por unos hombres lobo que cuentan con el mismo patrón de comportamiento que su personalidad humana. La imagen del doble como fabulación y manifestación de las angustias del sujeto implicado queda también relegada ya que **Lobos de Arga**, sencillamente, no pretende más que usar la excusa de la licantrópia como área temática para los chistes. Lo curioso es que los trucos que mejor funcionan son aquellos no directamente relacionados con las transformaciones (el guardia civil amante de Lovecraft, la lealtad del antiguo amigo, el dedo amputado) si bien la película tiene un grave problema de ritmo y repetición: para que un chiste funcione es imperativo no contarlos dos veces.



4. Fantasmas

Sin lugar a dudas, el subgénero del que más se ha abusado en los últimos años es el del falso documental de terror. Las razones son evidentes: se trata de productos baratos, con larga vida en el mercado doméstico y buenas ventas internacionales, con una técnica que propicia sustos fáciles pero eficaces y una excusa narrativa que hace que no haya que perder demasiado tiempo intentando atrapar al espectador porque la identificación está presente desde el primer plano subjetivo. **Emergo** (Carles Torrens) se acerca al cine de casas encantadas a través de un grupo de investigación paranormal que acude a un apartamento repleto de fenómenos extraños y que graba toda la pesquisa con la intención de responder científicamente a la eterna pregunta de “¿Qué es un fantasma?”

Si bien la premisa de tomar el punto de vista de la ciencia para hablar del espectro es presentada como una contundente declaración de intenciones, **Emergo** acaba traicionando su propia metodología para acabar ofreciendo más de lo mismo: los traumas infantiles acaban siendo parte clave de la resolución de la historia, la mujer muerta surge para arreglar sus asuntos pendientes en el mundo de los vivos, las cámaras registran el espacio pero casualmente los sucesos más impactantes suceden en un punto ciego, el susto final va en contra de todas las conclusiones ofrecidas, etc. Es decir, que pese al interés de un debate entre la fe y ciencia y una muy acertada construcción de personajes, la película acaba ofreciendo un envoltorio y unos contenidos que, al no tener nada nuevo que decir, han nacido ya caducados. Existe, eso sí, una cavilación atractiva que viene a relacionar al adolescente insoportable con la posesión demoníaca. Una pena que el resto de elementos no sigan esa línea juguetona y prefieran centrarse en crear una nueva franquicia de *fastfood*.



5. Brujas

El páramo (Jaime Osorio Márquez), único filme colombiano (y sudamericano) en la sección oficial a concurso de Sitges 2011, tiene un mérito incuestionable: la coherencia. Son tiempos de guerra y un comando especial llega a una base militar abandonada donde se verán obligados a permanecer aislados. El espacio, escenario de una reciente sangría que bien podría ser consecuencia de la brujería, hace que los soldados comiencen a dudar de todos, enfrentarse entre sí mismos y hacer realidad esa máxima de “el hombre es un lobo para el hombre”. La coherencia no viene tanto de la trama (un thriller bélico que acaba convirtiéndose en una película de terror), como de las decisiones tomadas por el director desde el minuto cero y mantenidas a lo largo de todo el metraje: primeros planos sin aire, abstracción de personajes, fotografía gris, un gran uso del sonido fuera de campo, etc. Todos los elementos están ahí para contribuir a una desorientación espacial de la que no hay escapatoria.

No es ésta una película fácil de ver. Más allá de la claustrofobia a la que somete al espectador y de la violencia que acaba estallando, da la sensación de que sus 100 minutos de duración podrían haberse extendido al infinito (o a la mitad) y el resultado habría sido exactamente el mismo. La dirección es impoluta, pero el guión carece de estructura, y si bien se entiende que el caos es buscado, el exceso de desorden acaba pasando factura y lo que en un comienzo suscitaba curiosidad acaba transformándose en desapego. Aun así, es de agradecer que un filme tenga tantas ambiciones estéticas y que sea capaz de ser perseverante en sus decisiones sin venderse al mejor postor.



6. Extraterrestres

Si hay algo que sea alérgico de por sí a la suntuosidad, eso es el humor. Tal y como dice David Roas (*La risa oblicua*, Ocho y medio), "El humorista es, en el fondo, un escéptico ante la realidad y el propio ser humano. (...) Ese escepticismo se traduce en el recurso a la ironía, la parodia y el juego, empleados para impugnar varios conceptos: la autoridad de las instituciones, la unidad del sujeto y la coherencia, y las fronteras entre discursos, géneros, artes y disciplinas". **Extraterrestre** (Nacho Vigalondo) es, en este sentido, una parodia cinematográfica que cuestiona los confines y potestades de los géneros y que, además, desarrolla su discurso de una manera absolutamente hilarante.

El director y guionista decide que la trama del héroe arquetípico que lucha destrozando edificios para salvar a la Tierra de los marcianos, es una que aporta más fuerza desde un personaje perturbado y en fuera de campo. El auténtico héroe será otra persona: una inútil e inconsciente, pero también una que se sabe enamorada. Así, a medio camino entre una película de invasiones extraterrestres y una comedia romántica con ingredientes de *sitcom*, la película respeta las convenciones de los dos géneros, las sitúa en un escenario imprevisto y la mezcla da lugar a algo reconocible pero nuevo. Como ejemplo claro, el uso que hace de unos *flashbacks* típicamente shyamalianos: son, al mismo tiempo, un remedo jocoso, un homenaje ponderado, resolutivos en la trama, y descriptivos con los personajes. **Extraterrestre** es una de las mejores comedias españolas de los últimos años y, posiblemente, también una de las mejores películas de ciencia ficción.



7. Vampiros

Incluir a *El callejón* (Antonio Trashorras) bajo el epígrafe de “vampiros” es, por un lado, una forma de estropear una de las múltiples sorpresas de la película y, por otro, no hacerle justicia en absoluto. Porque, efectivamente, en *El callejón* hay vampiros, pero éstos funcionan más como un guiño pop que como ingrediente clave. La trama es muy sencilla: Rosa (Ana de Armas) se ve obligada a hacer la colada en una lavandería nocturna situada en un desierto callejón, y allí sufrirá el acoso de un asesino en serie. La película está rodada casi exclusivamente en ese escenario único, haciendo mucho uso de la fragmentación de la pantalla, cambiando de género y de perspectiva de manera descaradamente tramposa y con una luz artificial que tiñe el filme de una desvergonzada estética *trash*. El tema del doble queda de nuevo subrayado con una protagonista que tiene una gemela esperándole en casa, pero al igual que todos los demás ingredientes, se trata de un apunte superficial, y no de una línea de desarrollo.

Estamos ante una obra del “todo vale”. Tal y como asegura Roman Gubern respecto al mito vampírico, “el mito es un muerto, pero se parece y actúa como un ser vivo bajo ciertas condiciones (nocturnidad, hemodipsia)” (*Revista de Occidente*, 158-159, 1994). *El callejón* es una película que funciona única y exclusivamente como cúmulo de homenajes y apropiaciones, un filme sin vida mimético a otros muchos filmes que sí la poseían. Se trata de cine que no avanza, que pretende ser un reflejo pero que no se da cuenta de que los no vivos no quedan plasmados en el espejo ni se proyectan en las sombras. La necesidad de sangre de un público como el de Sitges hizo que fuese disfrutada y aplaudida, pero se trata de una película que probablemente nunca sea admirada a la hora de llegar a cartelera, a plena luz del día.

Leer **539** veces

Endika Rey

Es parte del personal docente e investigador del Departamento de Comunicación de la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona). Actualmente trabaja en su tesis doctoral.